



Año 1 No. 2
Bucaramanga
Diciembre de 1999

RETOS Y DIFICULTADES EN LA CONSTRUCCIÓN DE UNA CULTURA POLÍTICA DEMOCRÁTICA EN EL CENTRO Y ESTE DE EUROPA

Alvaro Acevedo Tarazona

El camino hacia la democracia es mucho más largo y difícil de lo que se cree, pero no menos sorprendente. Mientras el sistema de partidos de Europa Occidental se encuentra viejo, el del Centro y Este se encuentra renaciendo después del intervencionismo soviético. Este es el caso de países como Hungría, Polonia y Alemania del Este en los cuales la ocupación soviética, después de la Segunda Guerra Mundial, truncó las aspiraciones democráticas; de otra parte, en países como Rusia, Bulgaria o Rumania la democracia es algo totalmente nuevo porque antes de la ocupación soviética no tenían ni las tradiciones políticas ni el escenario económico para llevar acabo este proceso.

Los cambios relativamente pacíficos que se están presentando en la mayoría de estos países todavía demanda la construcción de una cultura política democrática, debido al enfrentamiento de valores tradicionales y colectivos, que prefieren tranquilidad, equilibrio y seguridad, frente a nuevos, minoritarios e individuales, que apuestan a reformas liberales justificadas en el cambio del modelo económico intervencionista de Estado por el del libre mercado o una fórmula intermedia entre estos dos. Tal como se configura el escenario geopolítico mundial hacia una economía abierta, es muy probable que se imponga el modelo de libre mercado en estos países deseosos de transformaciones rápidas y efectivas que den salidas a la pobreza y deterioro de sus economías.

El panorama político

Sabemos que desde 1989 el Centro y Este de Europa vivieron una transformación en la cual el cambio dejó de ser una ilusión para convertirse en una nueva etapa. Hoy es difícil hablar de transición política en este espacio continental, porque los cambios producidos allí han generado una conmoción en la historia de la humanidad como no se había vivido desde la II Guerra Mundial (Tusell, 1997 : 288).

Incluso se ha dicho que la revolución pacífica iniciada por la Unión Soviética es comparable con las dos revoluciones que han transformado el mundo entero: la Revolución Francesa de 1789 y la Revolución Bolchevique de 1917.

La cumbre de Malta, en 1989, entre Bush y Gorbachov, significó el final de la situación geopolítica creada en Yalta en 1945, en la cual los Estados Unidos y la Unión Soviética prácticamente se habían repartido su área de influencia en el mundo. Pero, ¿qué fue lo que hizo Gorbachov? En términos de acciones muy poco, en términos políticos un giro de ciento ochenta grados. El mérito de Gorbachov consiste en haber dejado que los países del Centro y Este de Europa actuaran a su manera (Girón, 1997 : 10).

Polonia y Hungría eran los países que tenían mayores antecedentes de cambio; en Alemania y Checoslovaquia la presión por reformas

democráticas ya se dejaba ver, mientras que Bulgaria y Rumania eran los países más atrasados en cuanto a cambios políticos estructurales.

En Polonia la presión por las transformaciones políticas se remonta a 1980 con las protestas obreras y la creación del sindicato independiente Solidaridad. En Hungría el proceso de reformas se inició en 1987, pero ya desde años atrás la élite técnica del país se venía preparando para una economía de libre mercado y dando pasos graduales a las libertades políticas, como la apertura de su frontera. Si bien en la República Democrática Alemana los procesos de reforma empezaron en 1989, hoy se puede decir que es uno de los países que va más adelante en su transformación por lo que significó la ayuda de Alemania Occidental. El caso de Checoslovaquia es muy particular, porque si bien tuvo como antecedente los acontecimientos políticos de 1968, la separación de Eslovaquia generó, en su momento, ciertos contratiempos, aunque ya superados pero que indudablemente han frenado su proceso de transformación; no hay que olvidar, además, que en Checoslovaquia se vivió con mayor intensidad el proyecto socialista y que en la actual Eslovaquia no hay un desarrollo industrial como en la República Checa. De estos países, Hungría y Polonia eran los que más claramente habían tenido reformas al sistema comunista y en los que muy pronto la oposición llegó al poder después del declive soviético. En Bulgaria, el aliado más fiel de la URSS, los procesos de transición han sido muy lentos, de la misma manera que en Rumania, porque no tuvieron antecedentes de reformas al sistema comunista; no hubo oposición y las élites no se prepararon para una economía de libre mercado; hay que señalar, además, que allí la represión fue muy dura, particularmente en Rumania, donde la muerte violenta de Ceaucescu fue consecuencia de las situaciones de desesperación del pueblo frente a las duras restricciones económicas a las cuales los sometió el dictador mientras él, su familia y sus allegados políticos se daban la gran vida.

Este panorama de transformaciones políticas y económicas desiguales en estos países hace pensar que su futuro democrático todavía no es muy claro, si además se tiene en cuenta que los nacionalismos han resurgido y la represión sigue siendo muy fuerte sobre las minorías étnicas, como sucede en Eslovaquia, Croacia y Serbia.

De contraste en contraste : experiencias para tener en cuenta

La diferencia entre la transición húngara y la rumana es un claro ejemplo de los contrastes en la cultura política de los pueblos del Centro y Este de Europa. Mientras en Hungría, antes del intervencionismo soviético, al menos existía entre los intelectuales una apuesta por los valores democráticos como tolerancia, paciencia, capacidad de asumir compromisos; en Rumania el autoritarismo, antes y después del intervencionismo soviético, había sido tan fuerte que, incluso hoy, en grandes sectores de la población hay confusión sobre los valores democráticos por construir.

La dificultad para que grandes sectores de la población construyan una nueva cultura política democrática se debe a que en un comienzo el cambio fue liderado por grupos de intelectuales; y fue después de constituirse el espacio político democrático que se inició con la politización de amplias masas de la población, pues al morirse el paternalismo de la URSS - como bien lo señala János Simon -, la sociedad civil recibió la libertad como un regalo del cielo y después no supo que hacer con ella (1997 : 72).

En estos nuevos países cada vez son más los partidos que nacen y se recomponen en alianzas estratégicas para alcanzar sus objetivos, pero también cada vez más se hace más difícil llegar a acuerdos en los cuales se sientan representados amplios sectores de la población. Es muy difícil que haya consenso de ideas, valores y pautas de comportamiento en momentos que la sociedad se recompone y

establece nuevas reglas de juego para legalizar y legitimar los nuevos poderes constituidos. Más difícil aún, si se considera que incluso en las sociedades contemporáneas con largas tradiciones democráticas la cultura política está revestida de contenidos transideológicos y transnacionales por encima de los partidos y las identidades políticas (Beramendi, 1998 : 89 - 90).

En el Centro y Este de Europa se asiste a una experiencia única de recomposición política de la cual la democracia espera aprender. La muerte del comunismo soviético y su autoritarismo sobre estos países demostró que en aquellos en los cuales había más tradiciones democráticas la transición fue pacífica, mientras que en aquellos que no, la transición fue violenta. Este proceso da pie para pensar en el papel fundamental que puede jugar la sociedad civil en un proceso de transición democrática, pues mientras ésta se encuentre más organizada, mayores posibilidades tendrán de intervenir en las decisiones del Estado ya sea buscando el apoyo de las masas, uniendo fuerzas políticas o denunciando a la comunidad internacional las lesiones a las libertades. Pero cuando no hay una sociedad civil organizada las transiciones hacia la democracia suelen ser violentas, como fueron los casos de Nicaragua y Salvador; o suelen quedar inconclusas, como fueron los casos de Argentina y Chile.

Vale señalar que en Colombia, a pesar de que se dice ser uno de los países de América Latina con mayores tradiciones democráticas (sólo un golpe de Estado en este siglo, 1953 - 1957), las acciones violentas, tanto de la subversión como de los grupos paramilitares, son superiores a las respuestas que pueda dar la sociedad civil. Un país como Colombia de tanta violencia y desigualdades socioeconómicas carece de espacios reales de participación para que la sociedad civil se organice, se fortalezca y pueda responder masivamente contra los violentos y los corruptos. Es común encontrar en amplias masas de la población ideas, valores y acciones en franca predisposición con los partidos políticos tradicionales y las acciones de los violentos, pero sin nuevos partidos que los aglutinen y organizaciones que los movilicen. El escepticismo ronda en las conversaciones de paz, los proyectos del gobierno son altamente cuestionados y la poca credibilidad de la guerrilla es una voz que cada día amplía su eco. En verdad es difícil encontrar reales vías hacia la cultura política democrática cuando amplios sectores de la población se ven sometidos a la violación de los derechos humanos y al deterioro de su calidad de vida. En esas condiciones no hay sociedad que aguante y menos que salga fortalecida del clima de violencia que padece y de la poca participación política en las decisiones trascendentales en materia económica y educativa que dicta el gobierno.

Por esta razón se hace necesario empezar a construir reales vías hacia la democracia mediante el acceso a la participación política de la gran masa de población, hasta ahora marginada de las decisiones trascendentales del Estado, pero fundamentalmente a través de la educación ciudadana para que dicha participación sea efectiva. En la historia contemporánea de Colombia, el pacto bipartidista del Frente Nacional dejó las secuelas de un escenario político con nula participación, que además abrió una nueva etapa de confrontación armada con altas dosis de autoritarismo y corrupción de la cual hasta el momento no se ha podido encontrar soluciones.

Al contrario de lo que ha sucedido con la historia política colombiana y de buena parte de América Latina, en la cual los cambios se han revestido de pactos excluyentes y de escasa movilidad social y política, los países del Centro y Este de Europa pueden estar viviendo la única oportunidad de interpretar y construir una democracia participativa que promueva el consenso social y determine, sin imposiciones, el modelo económico por seguir. Si bien se está hablando de dos contextos muy diferentes, América Latina de un lado y cierta parte de Europa del otro, la pregunta por construir una verdadera democracia es un problema que corresponde a cualquier Estado - nación con profundas transformaciones en la cultura política de sus pueblos y con

irreversibles costos sociales en su necesidad de incorporarse a la economía de libre mercado.

El costo social del cambio.

Cuando se trata de analizar el costo social del cambio en el Centro y Este de Europa, no se puede dejar de hacer referencia al comunismo soviético y la manera como éste determinó el escenario de la política internacional en la *Guerra Fría*, con profundas repercusiones para América Latina. Antonio Elorza ha intentado descubrir las raíces históricas de la crisis soviética para poner en cuestión la visión que asocia la crisis de los países del Centro y Este de Europa con cualquier proyecto de transformación social (1997 : 343). Este planteamiento, que es compartido por otros especialistas en el tema, considera que el sistema político que se desarrollaría en Rusia no sería el leninista, sino el stalinista; es decir, una "revolución socialista" que se hizo con un partido totalitario y de espaldas al pueblo (1997 : 359). En el mismo sentido, este sistema político, totalitario y opuesto al cambio, en cierta medida fue la extrapolación que se hizo hacia los países del Centro y Este de Europa que estuvieron bajo la influencia de la Unión Soviética

Esta fue la razón por la cual los intentos del socialismo soviético y de sus países de influencia por construir una sociedad más humana y desarrollada fracasaron. De la misma manera, como no se pudo cumplir con las expectativas, la apuesta por una sociedad más igualitaria en lo económico fue fuertemente criticada por la economía de libre mercado. Sin embargo, es claro que en este proceso de cambio amplios sectores han salido perdedores con la transformación económica. Sin entrar a polemizar sobre cuál modelo económico es el mejor, lo cierto es que en estos países de Europa se podría estar cayendo en una concepción, con resultados no muy exitosos, de la mayoría de las elites empresariales de América Latina, que desde el siglo XIX hasta el presente han creído que la brecha entre los países altamente industrializados y aquellos que no lo son, se logrará cerrar abriendo las economías al mercado sin la planeación necesaria que exigen los cambios estructurales de la macroeconomía y sin la participación de todos los sectores sociales implicados en la misma.

El escenario de liberalización de la economía en países que detentaban el modelo de intervencionismo de Estado soviético, ha mostrado la manera cómo nuevos sectores sociales se han enriquecido y han derivado a prácticas de corrupción despiadadas; estas situaciones ya se han vivido en Rusia y se están empezando a ver en los países del Centro y Este de Europa.

Una búsqueda intermedia al modelo socioeconómico en aquellos países en los cuales todavía las transformaciones democráticas continúan en construcción, puede ser la salida a un nuevo escenario de concertación en el que se respeten las libertades, pero en el que también se reivindicquen los intereses del beneficio común. Abogar por un modelo económico más equitativo es una tarea que los países del Centro y Este de Europa no pueden olvidar y una imperiosa necesidad en los países de América Latina, que demandan encontrar nuevas alternativas a la imposición de modelos económicos excluyentes y sin escenarios políticos con reales posibilidades de participación en la construcción de una cultura política democrática en la cual se sienta representada el conjunto de la sociedad.

Bibliografía

BERAMENDI, J. G., "La cultura política como objeto historiográfico. Algunas cuestiones de método", IV Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Valladolid, 1998, págs. 74 - 94.

ELORZA, A. (1997): Las raíces históricas de una crisis, en José Girón (ed), La Transición Democrática en el centro y este de Europa, t. 1,

Oviedo, Universidad de Oviedo.

GIRÓN, J. (1997): Mijail Gorbachov y la transición en el centro y este de Europa, en José Girón (ed), La Transición Democrática en el centro y este de Europa, t. 1, Oviedo, Universidad de Oviedo.

SIMON, J. (1990): "La revolución silenciosa y la cultura política en la transición húngara". XII Congreso Mundial de Sociología, Madrid.

SIMON, J. (1998): El costo social del gran cambio, en Carlos Flores Juberías (coord.), Barcelona, CEDECS.

TUSSEL, J. (1997): El proceso de cambio en la Europa del Este, en José Girón (Ed.), La Transición Democrática en el centro y este de Europa, t. 2, Oviedo, Universidad de Oviedo.